

## Althusser y la coyuntura

Mariana de Gainza

### 1.

La realidad argentina de comienzos de siglo –particularmente aquel año 2001 en que resonó en las calles el grito: “que se vayan todos”– se prestó a ser interpretada a través del pensamiento de Toni Negri, que ponía en un primer plano la idea de que existe una potencia democrática de “destitución” asociada a la indignación multitudinaria frente a un poder constituido independizado, separado, autonomizado de todo lazo de expresión de los intereses de las mayorías.

La realidad argentina a partir del año 2003, en cambio, justificó una puesta al día de un pensamiento de la “institución”, amparado en la experiencia de una renovación de la fuerza representativa de la política, que cada vez más intensamente se prestó a ser leída con un instrumental conceptual proveniente de la actualización de la teoría de la hegemonía realizada por Laclau y Mouffe, así como de la concepción laclausiana de la razón populista.

Asimismo, Žižek puso en juego su noción de “división constitutiva” para pensar las disyuntivas abiertas por la crisis de 2008, dejando entrever en una serie de ensayos cierta línea que tensionó durante la última década la escena mundial entre las regiones donde son los dictados económicos del capitalismo financiero los que dominan (y la política subordinada a ellos se acomoda o trata infructuosamente de cobrar protagonismo), y aquellas otras regiones (y aquí Žižek se refiere en particular a Bolivia y Venezuela) donde la política afirmó con más vehemencia una voluntad de orientar los rumbos colectivos contra las tentativas de los poderes concentrados de recuperar la conducción de las decisiones estratégicas.

En el contexto de esa división esquemática del mundo, la peculiaridad latinoamericana pudo ser pensada a partir de aquellas concepciones de matriz filosófica que enfatizaron la relación intrínseca entre una política emancipadora y los esfuerzos de constitución del “pueblo” en un sentido democrático<sup>1</sup>; pero también, a partir de la actualización de ciertas interpretaciones sociológicas sobre la complejidad estatal. Así, en el caso de la perspectiva poulantziana de García Linera, la tesis sobre la contradicción constitutiva del Estado entre sus dos tendencias inmanentes (una monopolista y otra socializadora) se articula con una idea que últimamente también sostuvo Negri: que en América Latina el Estado se vio efectivamente *atravesado* por los movimientos sociales, de tal manera que la naturaleza neoliberal de la estatalidad vigente sufrió una torsión que habilitó la apertura del espacio para una nueva constitucionalidad democrática.

En la hipótesis del atravesamiento, entonces, mientras que el poder empresarial reclama la empatía o la mimesis del movimiento de monopolización de lo estatal con la propia tendencia monopolista del capital, las tendencias socializadoras o universalizantes son estimuladas, en sentido inverso, por los sectores populares, que luchando por sus reivindicaciones y reclamando el reconocimiento público y la garantía institucional de una amplia gama de derechos, tironean al Estado desde su otro lado: ese que contra el monopolio,

---

<sup>1</sup> Cierta orientación de la mirada, entonces, que permitió registrar la diferencia entre las interpelaciones que apuntaron, en estos años, a dar consistencia a un *pueblo otro* (interpelaciones susceptibles de ser sintetizadas, por ejemplo, en una fórmula paradójica como “la patria es el otro”), disociándolo así de las connotaciones nacionalistas estrechas que en Europa conectaron la cuestión nacional y la cuestión popular con un sentido belicista o xenófobo de la soberanía.

la mercantilización y la institucionalización del privilegio que lo hacen ser un *Estado capitalista*, le piden que se transforme en un *Estado popular*. En virtud de lo cual, los gobiernos progresistas latinoamericanos podrían caracterizarse no sólo por no haber bloqueado ese lado constitutivo de la lógica estatal (es decir, por no haber cerrado los ojos ante la contradicción que define al Estado de bienestar), sino también por no haber pretendido erigirse en “árbitros neutrales” de los conflictos entre los sentidos divergentes de las presiones y las demandas de la sociedad (y por ello en ocasiones llegaron a ganarse el mote de estados “plebeyos”, “rebeldes” o “libertarios”)<sup>2</sup>.

## 2.

Según la secuencia que acabamos de resaltar, pareciera ser que en determinados momentos se producen “convergencias felices” entre la *teoría* y las necesidades de la *interpretación coyuntural*, y que ciertas experiencias históricas pueden presentarse como la “base real” que le da fuerza a determinadas perspectivas filosóficas, ideológicas o políticas preexistentes. Y sin embargo, en momentos críticos como el actual percibimos la función de “garantía ideológica” que pueden llegar a asumir las teorías cuando ceden a un impulso (con el que siempre tienen que lidiar) que las orienta hacia una estabilización o cristalización estereotípica. Pues es justamente en estos momentos críticos cuando se siente que ninguna concepción o ideología disponible resulta apta para expresar la verdad de nuestra situación.

Dijimos que el 2001 argentino pareció actualizar de manera elocuente la teoría de Negri sobre la “multitud” (en el rastro de un autonomismo que en América Latina había ganado preeminencia en los años 90 por el influjo de la rebelión zapatista y las ideas del Subcomandante Marcos); dijimos que nuestra experiencia a partir de 2003 pareció confirmar la justeza teórica de los trabajos de Mouffe y Laclau, esto es, la pertinencia de una perspectiva agonista de la política (con la que Žižek dialoga en sus elucubraciones en torno a la idea de antagonismo) y de una teoría del “populismo” (con la que a su vez conversa hoy Balibar, cuando trata de dar consistencia a la idea de un “populismo de izquierda”, oscilando entre la multiplicación de los nombres del pueblo y la elaboración de una lógica contrapopulista alternativa que se adecue mejor a las tradiciones de la izquierda europea). Dijimos que la última década latinoamericana se prestó a una reactualización de la teoría del Estado de Poulantzas en el pensamiento sobre una democracia plebeya de García Linera, o en las interpelaciones chavistas a favor de un “socialismo del siglo XXI”, que podrían leerse como resonancias de la teoría poulantziana de la transición democrática al socialismo.

Ahora bien, ¿qué es lo que tienen en común esta serie de nombres? (Negri, Laclau, Mouffe, Balibar, Žižek, Poulantzas, García Linera, el subcomandante Marcos). Todos ellos son althusserianos (o posalthusserianos, o neoalthusserianos), esto es: han desarrollado sus ideas y han elaborado sus posicionamientos teóricos y prácticos sosteniendo algún tipo de relación con la obra de Althusser.

---

<sup>2</sup> En efecto, al “tironeo” del Estado desde uno el lado de la concentración (el que demanda su subordinación a las corporaciones) se contrapuso el mencionado esfuerzo de desmonopolización, que se manifestó positivamente en la recuperación de una relativa capacidad estatal para definir la política económica, regular la moneda y el comercio internacional, y actuar con políticas impositivas y de reducción de privilegios frente a los grupos más concentrados. Al “tironeo” del Estado desde el lado de los movimientos y las organizaciones populares, se respondió asimismo con políticas redistributivas y con la reconstrucción del tejido de prestaciones y servicios sociales perdidos durante la avanzada neoliberal, así como con la promoción activa de leyes de restitución y creación de derechos (abarcando una amplia gama de deudas históricas y nuevas reivindicaciones). Es por eso que decimos que el Estado, en algunos países latinoamericanos, no ha sido “neutral”: en grados significativos ha pretendido actuar (con mayor o menor éxito) como barrera y contrapeso de los esfuerzos de los grupos de poder por imponer sus privilegios y prerrogativas sobre el resto de la sociedad, y a la vez como promotor de la recuperación de la fuerza de auto-expresión (material y simbólica) de los sectores populares, llevando a cabo políticas que implicaron mejoras en la calidad de vida de las mayorías.

Tratemos de decirlo con más precisión: si con Negri se leyó la insurrección argentina en 2001 (o el 15M español del 2011) y con Laclau se leyó la reconstrucción institucional a partir del 2003 y el kirchnerismo (o la tentativa actual de Podemos); si con Žižek se leyó la división del mundo en 2008 y con Balibar los dilemas de hoy del pueblo griego; si con Marcos se leyó la autonomía alrededor del año 1994, y con García Linera se leyó al Estado a partir del 2005, etc.; esas interpretaciones no sólo nos remiten al concepto althusseriano de “lectura”, sino también al concepto althusseriano de “coyuntura”. Así, podemos asociar la persistencia de los textos de Althusser a través de distintas coyunturas que se tensionan por diversos esfuerzos de interpretación (que responden a concretos deseos de emancipación) con la fuerza paradójica de la “posición teórica” del problema de la coyuntura con la que la figura de Althusser puede ser identificado. Hay algo “justo” en la perspectiva de lectura filosófica de la coyuntura que elabora Althusser que explica que ella siga siendo central para la elaboración tanto práctica como teórica de nuestro presente.

### 3.

Entre la absoluta complejidad del mundo contemporáneo (negativamente señalada por el hecho de que hoy no existe una teoría de la totalidad social concreta de la actual estructuración capitalista y los modos de su efectividad comparable a lo que fue la lectura de Marx para su momento histórico) y las simplificaciones ideológicas que organizan nuestra experiencia de tal modo que podamos retener y seleccionar algún sentido, existen otro tipo de trazados: aquellos que sin renunciar a cierto ineludible esquematismo, insisten en subordinar la espontaneidad de la mirada ideológica a la *inteligencia activa* de las circunstancias, es decir, a cierto peculiar trabajo conceptual que procura una comprensión estratégica de la actualidad. En ese espacio “intermedio” entre las urgencias de la intervención coyuntural o el compromiso militante y las sofisticadas aperturas teóricas ensayadas por el posestructuralismo filosófico (que reemplazan los sistemas con pretensión totalizadora de otros tiempos) existe, entonces, ese terreno que es a la vez teórico y político (o que es político sin dejar de ser teórico –esto es, que no abandona el concepto en favor de una batalla ideológica determinada) donde se juega el término de “coyuntura”. Un concepto que resulta clave, creemos, para comprender lo innovador de la perspectiva althusseriana, en tanto exige sustituir la pretensión de leer a Althusser según las coordenadas de un estructuralismo más o menos formalista, por una percepción más incisiva que sepa reconocer que lo que actúa efectivamente al interior de su relectura del marxismo es la filosofía de Spinoza.

Así, la teoría de la coyuntura althusseriana reúne la densidad conceptual que le otorgan los implícitos teóricos que la conforman: la peculiar simbiosis, superposición crítica o explicación recíproca de spinozismo, estructuralismo y marxismo. O dicho de otro modo: la forma propiamente spinoziana en que Althusser realiza una crítica al estructuralismo para actualizar el marxismo. La coyuntura, entonces, refiere al concepto o al análisis que puede elaborarse de la *forma específica que adopta la existencia actual de cierta totalidad social*, existencia compuesta de una diversidad de temporalidades desajustadas. “No existe historia en general, sino estructuras específicas de historicidad” –dice Althusser (sintonizando con la crítica a la filosofía de la historia que Lévi-Strauss popularizó en los debates de mitad del siglo pasado); estructuras diferenciadas de historicidad que, basadas en modos y relaciones de producción particulares (tal como sostiene el materialismo histórico), no son sino la *existencia* de formaciones sociales determinadas, esto es, la *existencia* (pensada con Spinoza) de cierta *esencia* o naturaleza singular, la de un “individuo histórico” que se define por la complejidad que le es propia. Esa complejidad es la que involucra al conjunto de las dimensiones de la vida social (culturales, políticas, ideológicas, jurídicas, estéticas) en su desencuentro constitutivo, cada una de ellas pautándose por tiempos y lógicas irreductibles y distinguiéndose fundamentalmente por sus diferentes eficacias (es decir, por la distinta capacidad de incidencia en la articulación global) en cada momento coyuntural.

## Demarcaciones 4

### Intervenciones

En esta concepción, la insistencia spinozista en que es *la singularidad del caso* la que vale para un pensamiento crítico del presente motivado por la urgencia de la intervención asociada con determinados deseos de transformación, enmienda las tendencias que comprometen al estructuralismo con un formalismo ahistórico y, de manera similar pero en sentido contrario, enmienda aquellas otras tendencias que pueden transformar al marxismo en un historicismo evolucionista. Cada coyuntura, entendida como el estado actual de una existencia, somete a cada pueblo a problemas, conflictos y dilemas que son siempre y cada vez distintos. Y sin embargo, tampoco se trata de sostener un coyunturalismo extremo que acabe redundando en una total dispersión de las situaciones (dada su heterogeneidad constitutiva). También es la filosofía spinozista que impregna la lectura althusseriana el que permite concebir el tiempo de los grandes panoramas históricos y sus largos ciclos, gracias a la tematización de las “invariantes repetitivas”<sup>3</sup> que constituyen el objeto de una perspectiva *teórica* en sentido fuerte. Y que no sólo conectan la diversidad coyuntural a la “continuación indefinida de la existencia de cierta esencia singular” (para decirlo con terminología spinoziana)<sup>4</sup>, sino que también conectan dicha diversidad coyuntural a la duración conjunta de las distintas totalizaciones que puede considerar el análisis, y que tienen como límite al mundo (tendencialmente unificado, diríamos, por los ciclos del capitalismo global).

Ahora bien, ¿cómo se define la duración que constituye una actualidad determinada? ¿Cómo se circunscriben los límites de un presente, y para qué confines valen? ¿De qué individualidad compleja hablamos cuando nos referimos a las determinaciones que se juegan en determinado momento de la existencia de un colectivo? ¿Cuáles son los cambios, los acontecimientos, las transformaciones que tienen la fuerza para discontinuar un trayecto o imprimir un giro decisivo en la configuración de las relaciones que constituyen un todo social? ¿Cuáles son los conflictos y las contradicciones, los desajustes, los desencuentros y las articulaciones con los que determinada existencia se identifica? Todo esto remite a la pregunta básica: *¿cómo se define una coyuntura?*, una pregunta que, siendo teórica, es esencialmente política, dado que las apuestas que se hacen en el sentido de una interpretación o una definición de lo que es crucial en cada momento intervienen, ellas mismas, dándole entidad a cierto sesgo coyuntural.

El concepto de “sobredeterminación” apunta al problema de explicar de qué manera un modo de existencia actual se encuentra bajo el influjo de cierto sesgo (un cierto *tono*, una coloración)<sup>5</sup> producido por aquel aspecto de la realidad cuya efectividad tiene fuerza

---

<sup>3</sup> Son las palabras de Althusser en “La única tradición materialista”, donde leemos que “en la vida individual y social no hay más que singularidades (nominalismos) realmente singulares –pero universales puesto que esas singularidades están como atravesadas y como habitadas por invariantes repetitivas o por constantes (...). De este modo, de manera total- mente natural, Spinoza vuelve a encontrar en la historia singular del pueblo judío una *constante* que ha tematizado ‘en general’ en el Apéndice del Libro I a propósito de la religión en general, y sin embargo, al igual que sucede en Marx con la producción, no hay nunca en Spinoza religión en general. Constantes o invariantes genéricas, como se prefiera, que afloran en la existencia de los ‘casos’ singulares y que permiten su *tratamiento* (teórico o práctico, poco importa). Constantes o invariantes genéricas, y no ‘universales’, *constantes* y *no leyes* (...) cuya insistencia repetitiva permite identificar la forma de singularidad y, por tanto, su *tratamiento*”. Althusser, L., “La única tradición materialista”, en *Youkali* N° 4, Dic. de 2007, pp. 132-154.

<sup>4</sup> Siendo esa “continuación indefinida” la *duración*, en la que consiste la perseverancia de cierta “esencia” en su complejidad constitutiva –complejidad que es la que singulariza a una sociedad determinada como individuo histórico.

<sup>5</sup> Haciendo uso de una terminología afín a aquella que Althusser resalta en las exploraciones marxianas en torno al concepto de causalidad estructural. Marx, en efecto, decía: “En todas las formas de sociedad, es una producción determinada y las relaciones que ella engendra las que asignan rango e importancia a todas las otras producciones y a las relaciones engendradas por aquéllas. Es una iluminación [*Beleuchtung*] general donde están sumergidos todos los colores, y que modifica las tonalidades particulares. Es un éter particular que determina el peso específico de todas las formas de existencia que se destacan en él”. (Citado por Althusser en *Para leer el Capital*, México, S. XXI, 2004, p. 203).

totalizadora; es decir: aquella instancia específica de la producción social que opera efectos de totalización, esto es, que *tiñe* o contamina al conjunto de las actividades diferenciadas y a los conflictos internos que pautan su rítmica divergente y su coexistencia asincrónica. Una lectura política de la coyuntura, que mantiene como base tal aproximación filosófica a la totalidad compleja, presta entonces atención a determinadas causalidades y líneas de fuerza, a ciertas contradicciones, ciertos matices, cierto “énfasis objetivo”, por decirlo así, que pertenece a la propia situación, y que tiende a *sobredeterminar* y a unificar la experiencia global que se realiza dentro de sus amplias coordenadas. Y al mismo tiempo, la *política* futura que la lectura coyuntural persigue en cuanto se despliega es aquella que se lee en precisos vacíos actuales como problemas, dilemas o disyuntivas y potencialidades, que prolongan obstáculos o aperturas del presente y que pueden transformarse en ocasión para una intervención. La pretensión *teórica* de la noción de coyuntura, a su vez, es la que asume que debe tener en cuenta y al mismo tiempo deconstruir las definiciones estrictamente ideológicas de la actualidad.

#### 4.

Tales definiciones ideológicas de la actualidad son aquellas que se contraponen y disputan la conciencia pública en una escena en la que el *factor mediático* introduce un sesgo (que desacredita cualquier utopía de la comunicación transparente) con el que necesariamente debe contarse. En este contexto, es lícito nuevamente preguntarse: ¿cómo se delimita una coyuntura? ¿Una década es la duración coyuntural que nos compete? ¿O un cambio, un movimiento, un giro en su interior? ¿Qué ritmos distribuyen sus diferencias internas, qué estabildades, qué transiciones, qué acontecimientos? ¿De qué manera se recorta el surgimiento de una coyuntura frente a lo previo? ¿Qué es lo que la hace durar, qué duraciones están en juego (qué modos de existencia, es decir, la duración de qué tipo de articulación “esencial”)? ¿De qué manera tales líneas se abren o se prolongan en un futuro aún incierto? ¿Cómo se leen los límites y los obstáculos, qué posibilidades cierran, qué posibilidades abren?

Podemos decir, para ir terminando y a modo de sugerencia, que el esfuerzo por instalar la idea de “un fin de ciclo” (desde unos dos años atrás, aproximadamente) fue, efectivamente, una intervención y una apuesta de definición coyuntural. Una apuesta que, movilizandó imágenes y nociones del orden de lo apocalíptico/escatológico (como diría Derrida), cumplió un real papel político. Esta idea, sostenida por distintos personajes públicos y multiplicada por los medios de comunicación concentrados afirmó, esencialmente, algo que podría sintetizarse así: “se cumplió un ciclo, esta coyuntura contingente está finalizando; llegó la hora de retomar la ‘verdadera marcha de la historia’ y de ir nuevamente al encuentro del tiempo real del mundo real”. Y tal afirmación cumplió un papel apaciguador, en cuanto consiguió interpelar a aquellos que, demasiado “crispados”, desesperaban y promovían una destitución desprolija –que podría acabar siendo contraproducente para las fuerzas restauradoras del neoliberalismo “a cielo abierto” en la región. De esta manera, la ideología del fin de ciclo tuvo un rol preciso: colaboró con un ajuste de temporalidades y afectividades necesario para el avance estratégico de la derecha.

Lo que demuestra nuestra situación actual es que nuestra respuesta a tales avances no puede ser solamente ideológica (“década ganada”, etc.), sino que tiene que plantearse la necesidad de ser “coyuntural” en el sentido fuerte que aquí hemos tratado de reconstruir. Cabe que nos preguntemos, entonces, si se pueden vivir otros tiempos, más allá de aquellos que nos tironean (y constituyen nuestra actual ambivalencia afectiva) entre la desesperanza y el temor, o bien la esperanza o incluso la “fe” y la “espera”. Cierta *paciencia*, en cambio, que se distancia activamente de las pasiones filo-religiosas de la “fe” y la “espera”, y que remite a algún tipo de “paz” (en un sentido spinoziano) necesaria para *pensar*, puede aliarse con el tiempo propio de la *teoría* en la lectura de las coyunturas. Pues algo de la vitalidad de lo que

## **Demarcaciones 6**

### Intervenciones

dura pasa por el despliegue amplio y diferenciado de la capacidad de habitar los tiempos propios, sin neutralizar su heterogeneidad constitutiva; también en el deseo de que este tiempo político regional *inapropiado* o *impropio* en relación a las líneas rígidas de las temporalidades vigentes, siga pulsando.